

menos total y perfecta, del gobierno de Dios en el mundo y de la ley providencial de la historia. Reducidos, pues, á la consideración del elemento humano, y aun de éste en su relación política, como ciudadano y miembro de un Estado, no acertaban á señalar con otros nombres que con los muy vagos y nebulosos de *caso*, *fortuna*, *hado* y *demonio*, aquel factor incógnito de la historia del mundo, cuya presencia tenían que reconocer por sus maravillosos efectos, que desbaratan toda combinación de la sagacidad humana, pero cuya raíz se les escapaba. Y así, á lo más que llegaban, como vemos en Herodoto, el más religioso de los griegos, era á poner de manifiesto, en casos singulares, la venganza de los Dioses sobre los soberbios, inicuos y jactanciosos, y el restablecimiento de la *sophrosyne*, templanza ó quietud del ánimo, así en los individuos como en las repúblicas, ya por medio de esas mismas sangrientas justicias, ya por la vía de purificaciones, exorcismos y sacrificios expiatorios. Por donde la historia, en su esfera más alta, venía á usurpar el oficio de la tragedia, que inculcaba siempre, por voz del coro y en las peripecias mismas de la acción dramática, aquellas máximas de la antigua sabiduría: que «del campo del inicuo se recogió siempre fruto de

muerte,» y que «cuando una ciudad impía olvidada á los Dioses, cae sobre ella la venganza celeste y hunde en la ruina hasta á los justos que se hospedaban en ella <sup>1</sup>.»

De tan fugaces vislumbres no podía nacer la filosofía de la historia: sólo el Cristianismo le dió base con las doctrinas de la caída y de la Redención, del origen del mal en el mundo, de la acción constante de la Providencia divina, sin menoscabo del libre albedrío humano. Aplicar estos principios á la historia, fué la tarea de los primeros providencialistas, empeñados en contestar á los paganos, que atribuían al abandono de la antigua religión, fuerza y nervio de la República Romana, las postreras calamidades que llovieron sobre el Imperio. Conocidos son los pasajes de San Agustín, *De civitate Dei*, y de Salviano de Masella, *De gubernatione Dei*, en que apareció formulada por primera vez, aunque brevemente, esta concepción cristiana de la Historia; pero suele olvidarse mucho el nombre del discípulo fiel de San Agustín, nuestro español Orosio, que es historiador, en el riguroso sentido del vocablo, aún más que los otros; como que, á ruegos del grande Obispo de Hipona, y para darle materiales, trazó su cuadro

<sup>1</sup> *Los Siete sobre Tebas.*

de las calamidades del mundo (*Moesta Mundi*), título ya por sí mismo original y pesimista, al cual corresponde bien el contexto de la obra, que es una cadena de guerras, enfermedades, hambres, terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas, rayos y tempestades, parricidios y crímenes de toda suerte <sup>1</sup>, nueva y extraordinaria manera de escribir la historia. Ni es esta la única novedad de Orosio, sino también la de ser el primer historiador universal, en el más propio sentido del vocablo, no ya por la extensión geográfica, en lo cual pudieran disputarle la prioridad Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo, y otros antiguos, sino por haber sido el primero que consideró el género humano como una sola familia, y, lo que es más, *como un solo individuo*, afirmando, no sólo que la divina Providencia rige el mundo lo mismo que el hombre (*divina Providentia, quae sicut bona, ita pia et justa, et agitur mundus et homo*), sino que cada hombre, en sí y por sí, puede contemplar todas las vicisitudes del género humano: «per bona malaque alternantia exerceri hunc mundum sentit quis-

<sup>1</sup> *Quaecumque aut bellis gravia, aut corrupta morbis, aut fame tristia, aut terrarum motibus terribilia, aut inundationibus aquarum insolita, aut eruptionibus ignium metuenda, aut ictibus fulminum plagisque grandinum saeva, vel etiam parricidiis, flagitisque misera.*

quis *per se atque in se humanum genus videt.*» Por eso anuncia Orosio, con arrogancia española, desde el primer capítulo, que si los antiguos historiadores han hecho el cuerpo, él va á poner sobre ese cuerpo la cabeza <sup>1</sup>, y que colocado en una torre ú observatorio eminente (*tanquam de specula*) va á llamar al conocimiento <sup>2</sup>, no los anales de una ciudad, sino los juicios de Dios y los conflictos del género humano.

Desde tal altura pudo comprender el primero la misión providencial de la ciudad romana, «por medio de la cual plugo á Dios (escribe Orosio) pacificar el orbe de la tierra, y reducirle á una sola sociedad por el vínculo de la república y de las leyes <sup>3</sup>.»

Mucho tardó en prender esta semilla histórica. La Edad Media apenas conoció más formas de narración que el seco epitome de los escribas monacales, ó, al contrario, la pintoresca crónica, que con arte no aprendido y observación fresca y espontánea, sin profundidades de filósofos ni de repúblicos, toda exterior y objetiva, sin ir tras de otra cosa que tras el hilo de la na-

<sup>1</sup> *Quid impedimenti est non ejus rei caput pandere, cujus illi corpus expresserint?*

<sup>2</sup> *Ad cognitionem vocare.*

<sup>3</sup> *Per quam Deo placuit orbem debellare terrarum, et in unam societatem reipublicae legumque... longe lateque pacare.*

rración misma, nos cuenta lo que pasó, en una prosa desatada, gárrula y encantadora, que parece gorjeo de pájaros ó balbucir de niños. ¿Qué primor literario iguala al encanto de una crónica, cuando es verdaderamente ingenua? Pondré un ejemplo, que lo es á la vez de grandeza épica y cristiana, y no lo tomaré de nuestra literatura, para que no se tenga por ostentación de las riquezas propias. Recordad, Señores, en la *Conquista de Constantinopla*, de Jofre de Villehardouin, mariscal de Champagne, aquella escena de tan maravillosa realidad y poesía, en que el viejo dux Enrique Dandolo, ciego de los ojos de la cara y muy alumbrado de los del entendimiento, sube al púlpito de San Marcos, y dirige desde allí su voz al pueblo, anunciándole su resolución de tomar la cruz y arrojarse *á la más alta empresa que jamás hombres emprendieron*. Y vedle luego, el día del asalto, el primero en la proa de su galera, y delante de él el gonfalon de San Marcos, que iba á tremolar, por esfuerzo de los venecianos, sobre veinticinco torres de Constantinopla, en aquel día de inmensa, aunque estéril, gloria para la cristiandad latina, 17 de Julio de 1203. De tales crónicas hay pocas en todas las literaturas, y bien pronto pereció hasta su recuerdo, ahogado por otros cronistas, sólo tales en el

nombre, que, con sequedad de notarios, trataron de calcar el tono de su relato, primero sobre los *Paralipómenos* y los *Macabeos*, y, andando el tiempo, sobre Tito Livio, pesadilla de nuestro canciller Ayala.

Renacieron al fin en su integridad las formas antiguas, gracias al maravilloso ingenio de algunos escritores florentinos; y ellos mismos, conociendo la deficiencia de una ley general histórica, trataron de buscarla; pero de un modo relativo y empírico, volviendo las espaldas al Cristianismo y separando la política de la ética. De aquí lo vano y seco de sus apotegmas, y el eterno fluctuar entre lo justo y lo injusto; como que no calificaban ya las acciones por ningún principio de carácter universal y trascendente, sino por un empirismo ciego, que tiene para cada caso su receta, y que por eso resulta inhábil en otra combinación de circunstancias. La elegancia constante y un poco fría de Guicciardini, la admirable mezcla de originalidad y sencillez, de poder y naturalidad, que forma el mayor encanto del estilo de Maquiavelo, á un tiempo familiar y elocuente, hacen imperecederas sus historias, harto más que los ponderados misterios de la razón de Estado, trivial cuando no es inícuo. «Las cosas pasadas (dice Guicciar-

dini) darán luz á las futuras, porque el mundo fué siempre de una misma suerte, y todo lo que es y será, ha sido en otro tiempo, y las mismas cosas vuelven, bajo diversos nombres y colores.» «El cielo, el sol, los elementos, los hombres, han sido siempre los mismos,» leemos al principio de los *Discursos sobre Tito Livio*.

Contra tales doctrinas, negadoras de toda esperanza de progreso, y no menos agrias y desconsoladas que las que acompañaron los funerales del mundo pagano, se levantó de nuevo la escuela de San Agustín y de Orosio, formulando, por boca de Fr. José de Sigüenza, en el prólogo de su *Vida de San Jerónimo*, la admirable teoría de los *hombres providenciales*<sup>1</sup>, que, por decirlo así, exaltó y magnificó el elemento humano en la historia, lanzando los gérmenes del *Discurso* de Bossuet, donde se ve caminar á los pueblos como un solo hombre, bajo el imperio y blando freno del Señor.

Pero apenas nacida la filosofía de la historia, comenzó á separarse del tronco materno, y á hacerse cada día más filosófica y menos historial, en Vico y en Herder, de donde resultó el constituirse en ciencia aparte, ciencia de los

<sup>1</sup> Análoga doctrina, pero con sabor cuasi-panteístico, sostiene el moderno filósofo norteamericano Emerson.

principios y de los últimos resultados de las acciones humanas, ora inspirada por una metafísica *a priori*, que quiere encontrar en los hechos su confirmación, ora apoyada en la observación de estos mismos hechos, y construida *a posteriori*, por vía experimental. En uno y otro caso trasciende de la historia propiamente dicha (la historia narrativa); pero influyó en el modo de escribir esta historia con un sentido más grave y más profundo que el de los moralistas y políticos, y contribuyó á darle unidad todavía más estrecha que la unidad dramática, y á que se viera cada hecho como manifestación de un organismo; con lo cual, si el elemento individual perdió algo, ganó en cambio el universal, y apareció más grande la obra del individuo, cuando se la vió, no aislada y anecdótica, sino en relación inseparable con la obra social. En una palabra: aunque el historiador no fuera filósofo, comenzó á parecer cosa ilícita escribir la historia sin alguna manera de filosofía. Cierto que ésta fué al principio achacosa y endeble, como toda filosofía del siglo xviii, siendo más de aplaudir el intento que la ejecución, aun en los tres ingleses que forman la más espléndida corona de la historia en ese período. Pero fué, con todo eso, gran novedad y grande esfuerzo

aquella introducción de Robertson, que por primera vez trató de dar luz al caos de la Edad Media y de penetrar en el espíritu de sus instituciones, y será siempre digna de admiración en Gibbon la erudición inmensa y segura, y aquel indeficiente anhelo de buscar la historia en todo género de fuentes.

Tuvo también el siglo XVIII (y el nombre de David Hume me lo trae á la memoria) el mérito de haber intentado remediar en algún modo el segundo de los defectos, que antes reconoci en la forma oratoria, quiero decir, el olvido de todas las actividades humanas distintas de la política y de la guerra. Por primera vez comenzó á hablarse en las historias de comercio, de industria, de artes, de literatura y hasta de costumbres familiares y domésticas, y á entenderse que el hombre no vive sólo en la plaza pública, ni en el campo de batalla, ni ha de ser forzosamente rey ó tirano, ó siquiera *condottiere* y capitán de bandidos armados, para que sus hechos parezcan dignos de inscribirse en las tablillas de Clío.

Todo esto, á la larga, debía ser savia benéfica para el árbol de la historia; pero el siglo XVIII no acertó á coger los frutos, cegado como estaba por el criterio más parcial, más estrecho, más

sañudo y más desconocedor y despreciador del espíritu de otras edades que puede imaginarse. La historia continuó siendo literaria; pero no calzó ya el coturno trágico, sino el zueco de la ínfima farsa, y de épica bajó á epigramática, convirtiéndose en un tejido de agudezas míopes, sin generosidad, sin sentido moral y sin nada que se pareciera á segunda vista ni á reconstrucción de lo pasado.

Y no se ha de negar que hay arte insuperable en la eterna transparencia de la prosa de Voltaire; pero arte lejano cuanto cabe del arte de los antiguos, y de la serena, íntegra y desinteresada contemplación de la grandeza ó de la miseria humanas, que piadosamente busca y recoge la historia. Toda la objetividad de ésta se aniquila y desaparece entre los móviles juegos de un estilo expresivo, pero no bello, que á las grandes cualidades de emoción y elocuencia, propias de los antiguos narradores, sustituye el imperio de la gracia personal, y el golpe de la flecha enherbolada, leve y aérea en Voltaire, torpe y plumiza en Gibbon.

Moría, entre tanto, la historia por penuria de elementos pintorescos. Voltaire y los suyos habían dado de mano á las arengas y á los grandes cuadros de composición, ya desacreditados

por el abuso retórico. Quedaban los retratos y paralelos, esmaltados con rasgos de *bel-sprit* y malignas agudezas. El libelo invadía por todas partes la jurisdicción de la historia, y si las antiguas y clásicas habían sido (como dice lord Macaulay) *novelas fundadas en hechos*, las modernas solían ser novelas fundadas sobre la mera ingeniosidad del autor. El color local era cosa ignorada; borrábase toda distinción entre la cultura y la barbarie; se escribía en estilo de salón la historia de los pueblos salvajes; se rebajaban todos los puntos ásperos y salientes; todo rasgo enérgico de costumbres era condenado al olvido, y el hombre de la historia no era el ser instable y múltiple de aspectos que conocemos, sino cierta entidad abstracta, á quien se adulaba ó se deprimía, conforme á las necesidades de una tesis.

La tesis y el epigrama enterraron á la historia, y venida la reacción, comenzó á sentirse la sed de algo original, característico y rudo, que nos trajera olor de flores agrestes y ruido de selvas primitivas. Y como la historia escrita al modo de Gibbon ó de Voltaire hablaba al ingenio, pero no á los ojos, y la historia escrita al modo antiguo no abarcaba mayor espacio que el que va desde la Acrópolis hasta el Pireo, ó el que se

dilata desde el arco de Septimio hasta el anfiteatro Flavio, fué menester que una mitad entera de la historia humana saliese de entre escombros y cenizas, evocada por los conjuros del arte. Sacudieron su manto de polvo las abadías y las torres feudales; tornó á arder un monte de leña en la cocina del señor sajón, mal avenido con la servidumbre de su raza; volvió á correr la tierra el maniferro Goetz de Berlichingen, terror del Obispo de Bamberg y esperanza de los aldeanos insurrectos; coronóse de lanzas y de alborotada muchedumbre de croatas, arcabuceros y frailes el campamento de Wallenstein; repitieron las gaitas de los *bigblanders* escoceses la marcha de combate; resonó en los lagos de Suiza el juramento de los compañeros de Stauffacher; cayó el Innominado á los pies del Cardinal Federico, y se alzó en el lazareto de Milán la bendita figura de Fra-Cristóforo. Se dirá que fueron arte híbrido, arte de transición, el drama y la novela históricos, pero ¡dichoso el arte que tal sangre vino á infundir en el cuerpo anémico de la historia!

Entonces nació la escuela pintoresca, la de los Barante, la de los Thierry, que confiesa su abo- lengo en *Quentin Durward* y hasta en el carro de Meroveo. Creció la avidez del pormenor ca-

racterístico, el amor de lo infinitamente pequeño, la indumentaria ahogando al prócer ó al villano entre armaduras, jaeces y muebles; y llegó día en que las historias de la Edad Media parecieron iluminaciones de libros de coro ó tablas bizantinas.

Otros buscaron luz por distinto camino, y vióse en Inglaterra renacer, por impulso del más grande de los historiadores modernos, la forma oratoria, tan espléndida como en los mejores días de la antigüedad, y tan rica de pasión y de ardorosa elocuencia como en el yerno de Agrícola: historia parcialísima lo mismo que sus modelos, historia de facción y de bandería; pero tan sincera, tan honrada y tan sabiamente parcial, que borra con lo que tiene de poema lo mucho que tiene de alegato. Obra varia y tan opulenta como la misma naturaleza; poema de la libertad civil, de la industria y de la prosa; viril esfuerzo de una alma romana, para ennoblecere con majestad patricia el trabajo moderno y llevar de frente todas sus actividades, como si fuesen órganos de un mismo cuerpo, y no aislados mecanismos, cual los consideraba la filosofía del siglo xviii. Al fin, en esa historia, que no es filosófica, ni religiosa, ni literaria, ni comercial, sino todo esto y mucho más, y no

por fracciones atomísticas, sino todo á un tiempo, y con la misma libertad y movimiento de la vida, el animal humano respiró entero.

Siempre es bueno, cuando se anhela por lo perfecto, detenerse en las cumbres, y por eso quien traza hoy la imagen del arte histórico debe detenerse en lord Macaulay. Pero es condición del entendimiento humano no ver agotada nunca la virtualidad de concebir que en sí lleva, é imaginar siempre sobre la perfección ya creada otra perfección más alta. Y así como Marco Tulio fantaseaba la idea del orador perfecto, cual nunca fué visto entre los humanos; y «así como el artífice ateniense, cuando labraba la estatua de Jove ó de Minerva, no contemplaba ningún modelo vivo, sino el admirable dechado de perfección, que habitaba en su mente y que regía su arte y su mano,» así nos es lícito soñar para muy remotas edades con el advenimiento de un historiador aún más grande que Tácito y que Macaulay, el cual haga la historia por la historia, y con alta impersonalidad, y sin más pasión que la de la verdad y la hermosura, reteja y desenrolle la inmensa tela de la vida.

Pero antes que el historiador perfecto llegue, es preciso que se cumpla la obra de investigación en que nuestro siglo está empeñado. ¿Y

cuándo hubo otro más glorioso para los estudios históricos que el siglo de los Niebuhr y de los Momsem, de los Curtius y de los Grote, de los Rawlinson y de los Oppert, de los Savigny y los Herculano, de los Ranke y los Gervinus? Todo se ha renovado en menos de cuarenta años: el extremo Oriente nos entrega sus tesoros: las esfinges del valle del Nilo y los ladrillos caldeos nos han revelado su secreto: las raíces aryas, interpretadas por la filología, nos cuentan la vida de los patriarcas de la Bactriana: donde quiera se levantan, del polvo que parecía más infecundo, dinastías y conquistadores, ritos y teogonías. Empiezan á sernos tan familiares las orillas del sagrado Ganges como las del Tíber ó las del Ilyso, y la leyenda del Sakya-Muni tanto como la de Sócrates. Hasta el mundo clásico parece haberse remozado en alguna fuente de juventud, y vemos hoy, con los mismos ojos de amor que en el siglo xv, un nuevo Renacimiento,

*Et geminum solem, et duplices se ostendere Thebas;*

es decir, otra Atenas y otra Roma mucho más hermosas que las que aprendimos á ver en las escuelas. Y al mismo tiempo, la Edad Media, que antes sólo respondía á las solicitudes del

arte, es ya amorosa esclava de la ciencia, y manda ríos de luz desde cada tumbo monástico y desde cada privilegio ó carta municipal.

Pero reconociendo y admirando los triunfos de esa crítica y de esa filología que Niebuhr llamó, con majestad religiosa, «mediadora de la eternidad, inclinación secreta que nos lleva á adivinar lo que ha perecido,» esperemos, Señores, que no siempre se ha de ver encerrada en la caja de hierro de la ciencia pura, es decir, en libros sin estilo y abrumados de notas y testimonios, sino que algún día romperá la áspera corteza, y entonces (digámoslo con palabras del gran Niebuhr) «será semejante á aquella ninfa de la leyenda eslava, aérea al principio é invisible, hija de la tierra luego, y cuya presencia se manifiesta sólo por una larga mirada de vida y de amor.»

